

**Vicente Valero**  
**EL ARTE DE LA FUGA**

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2015  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez  
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

© Vicente Valero, 2015  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-10-6  
DEPÓSITO LEGAL: CC-41-2015  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Mundo, entérate bien: se desvanece la plata de las estrellas.*

Walt Whitman



VEN, HERMANA MÍA ESPOSA



En verdad ninguno de los frailes apiñados en aquella celdilla fría y oscura consiguió ver que el alma saliera de su boca, sólo puntos amarillos de saliva expulsados de la lengua llagada, cuando el estertor se transformó en un suspiro último, negro como el crujido de un álamo en la noche de invierno. Así pues, pensaron todos entonces, el alma de los santos enamorados también era invisible; es decir, que se escurría como cualquier otra entre los labios resecos, casi azules, sin ser vista ni oída, para buscar inmediatamente después, ansiosa, la frente ungida con los óleos y poder de esta manera tomar impulso hacia lo más alto, deslizarse por fin hacia una paz definitiva. Hubieran dado todo cuanto poseían —aunque esto es, por supuesto, sólo un decir, pues nada poseían aquellos pobres rezadores— por contemplar el cuerpo moreno y entregado de la Amada, incluso sospechando

que aquel deseo pudiera ser impuro, como tantos otros deseos del hombre, si bien las sagradas escrituras nada decían sobre aquel asunto. Pero Juan acababa de morir, se trataba ya de un hecho indiscutible, y en aquella covacha desnuda ni los descalzos de Úbeda ni aquellos otros llegados de Baeza y La Peñuela habían conseguido vislumbrar el vuelo último del alma, aunque Dios ya andaba por todas partes en aquella hora nocturna, nadie podía dudarle, Dios era un olor bendito que emanaba de la carne podrida y de sus vapores todavía cálidos, una luz húmeda, casi irrespirable. Hacinados e inquietos, aquellos hombres flacos y devotos de la Virgen del Carmen se habían asomado a la boca del moribundo con la esperanza de *ver*. Allí buscaron, con los ojos bien abiertos, emocionados, unidos en el mirar, un último rescaldo, una sombra palpitante, la mariposa de la fe. El poeta, el santo, el místico, aquel fraile distraído y un poco loco — ¿cuál de todos ellos era entonces o a cuál se le esperaba más allá de la vida y la muerte? — se había consumido entre estertores, después de haber escuchado una vez más las preciosas margaritas de Salomón, el canto perfecto del amor perfecto, y sus ojos empezaban a divisar una oscuridad nueva, todas las llagas de su cuerpo ardían como antorchas en la noche — ¿a qué esperaba entonces el Amado? —, mientras los



frailes besaban sus manos y sus pies, esperaban la salida fulgurante de la esposa.

Dejaremos dicho aquí para empezar que durante aquel largo otoño andaluz del año 1591 hubo sol y hubo tormentas, después de los últimos sudores empezaron a caer las hojas de los árboles, llegó por fin un día la nieve a las cimas serranas, el cielo se llenó de nubes grises. Nadie sabe cómo serán sus últimos días, si hará frío o calor, si lloverá y los ríos inundarán calles y sembrados, si habrá sequía y enfermarán los animales, o si la luz del sol, como una mano de madre imperecedera, acariciará una a una todas las palabras de la despedida. Puede que Juan supiera, sin embargo, cuando escogió Úbeda y no quiso ir a Baeza ni a Linares, como le suplicaron los frailes campesinos de La Peñuela —aquel lugar silvestre donde comenzaron sus heridas—, que en su morir habría cielos de otoño cada vez más fríos y solitarios, como los que su alma deseaba, pero el abrazo también de los hermanos descalzos y la fe no menos cálida de los vecinos que nada sabían de él, que nunca habían oído hablar de sus canciones, y que su cuerpo imploraba tal vez como el de un niño desamparado. Durante aquellos casi ochenta días últimos que pasó Juan en el convento ubetense,

las noches fueron haciéndose cada vez más largas y oscuras, como el dolor de la carne y la soledad del sacrificio, pero no por ello la dulzura del otoño estuvo ausente en aquella celdilla con su plenitud de estación profunda y generosa. Así, durante aquellos días, hubo pájaros también en la ciudad, estorninos y petirrojos, grullas de paso, zorzales y codornices. Hubo un repetido runrún de aguas sobre las piedras de las murallas y de las iglesias, que Juan podía oír tendido en su camastro, tal vez con cierto placer, o al menos con el alivio que la lluvia concede siempre a los sedientos, y un viento que soplaba y batía las ramas de chopos y naranjos. Pudo beber el zumo rojo de la granada, morder la carne amarga del membrillo. Y por el estrecho ventanuco es posible que entraran alguna vez también el aroma de los limoneros y la ráfaga candente del relámpago.

Que al padre Crisóstomo, prior del convento, no le viniera nadie con monsergas de milagros ni de versos, él era un hombre de púlpito y de tratados gruesos. No había visto nunca a un santo, pero sí a muchos extraviados que se decían poetas, incluso a algunos herejes alumbrados que habían merecido el castigo riguroso pero justo de Roma. Lo mejor era hablar poco con el enfermo y, a ser posible,

que nadie supiera que estaba allí con ellos. No era este prior, a decir verdad, un hombre envidioso, pero sí un fraile asustadizo, cumplidor y obediente, que maldecía la hora en la que a Juan se le había ocurrido ir a morirse a su convento. Cuando lo vio llegar, aquel anochecer caluroso de septiembre, a lomos de un burro fatigado, ya se temió lo peor. Y lo peor era entonces solamente que aquel hombre a quien su propia orden había perseguido, encarcelado y ahora también desterrado, cuyas cartas habían sembrado las clausuras de palabras dudosas y de sofocos místicos, llegara ahora a Úbeda para repartir rimas y milagros. Se prometió entonces a sí mismo, mientras Juan se bajaba con dificultad del pollino, que no se lo permitiría y, sobre todo, que no se dejaría engañar por él, por su hábito raído y sucio, por su ya célebre jergonza de nadas y desiertos, y menos aún por sus jaculatorias contra incendios y tormentas. Qué había venido a buscar exactamente el perseguido, sin embargo, lo sabría el prior muy pronto, cuando Juan cayó desmayado en la puerta del convento, con sus llagas y sus calenturas, porque aquella debilidad tan cierta — con aquel rostro suplicante y famélico, con aquel temblor de piernas — le dio a entender que el enfermo lo había elegido precisamente a él para que guiara su alma por el sendero último de la noche y se compadeciera de su

cuerpo en los dolores terribles, y con ello tal vez  
para ser seducido también, oh Virgen piadosa, por  
aquellas métricas italianas del demonio.